# PROPIEDAD Y ARRAIGO

POR

MARIA TERESA MORÁN

Arraigar significa echar o crear raíces. Nos vamos a referir, pues, en este foro, al arraigo del hombre en el mundo, con las cosas que le rodean y su relación con la propiedad.

Si observamos la naturaleza humana, la necesidad de este echar raíces es patente. El hombre es un ser inteligente. No puede tomar las cosas que le rodean igual que un animal o cualquier otro ser que se mueve sólo por instintos. Necesita encontrar el sentido de las cosas, trascender más allá de su mera apariencia; necesita también dar un sentido a su vida. De tal modo que el hombre no puede desarrollarse plenamente en una sociedad con la que no está identificado, con la que no tenga ningún lazo y que al mismo tiempo le imposibilite el crear lazos permanentes con las cosas que forman su entorno. Así, como hace notar Rafael Gambra, "el hombre viene a ser entrega e intercambio con la sociedad que le rodea", así crea sus raíces. Raíces familiares, ideológicas, patrimoniales... son como el tejido que forma la vida de un hombre y que permanece una vez que él ha desaparecido. El hombre, cuando nace no lo hace aislado. Nace en un entorno determinado, de unos padres determinados, y hereda un bagaje de costumbres, ideas, caracteres etcétera... Esto forma sus raíces, a las que no puede renunciar so pena de perder su propia identidad. Contra ellas clamaba Rousseau en su famosa frase "El hombre nace libre y por todas partes se encuentra encadenado". Sucedió que, al tratar de librar al hombre de estas "cadenas", la Revolución consiguió convertirle en el ser solo y angustiado, sin raíces, que vive según sus impulsos y se presta por ello más fácilmente a ser manejado: el hombre del liberalismo. Al lado de estas raíces que se heredan necesariamente



Fundación Speiro

en el mismo momento del nacimiento, existen otras que se van creando a lo largo de la vida y que enriquecerán a las generaciones futuras. Estas son esos lazos de que hablamos antes con el mundo circundante, ese intercambio con la realidad. El hombre se identifica con las cosas concretas que le rodean, de tal modo que no las puede sustituir por ninguna otra, por muy parecida que sea. Es aquello que tan admirablemente expresa Saint-Exupéry en la conversación del zorro con el principito, en la que aquél concluye diciendo: "No se ve bien más que con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos. Es el tiempo que has perdido con tu rosa lo que le hace importante. «Te haces responsable para siempre de aquello que has domesticado»".

Es por ello, que el hombre puede llegar a morir por estas cosas que le rodean, porque la pérdida de ellas, una vez que se han convertido en raíces, significan para él más que la vida misma. El ideal, pues, para un pleno desarrollo del hombre, sería una sociedad que fomentase la creación de esos vehículos. Y, sin embargo, vemos que en todas las teorías políticas modernas pasa exactamente todo lo contrario.

Tanto el liberalismo como el socialismo conciben la sociedad como algo extrínseco al hombre. El liberalismo niega expresamente cualquier arraigo del hombre a su medio; y, en su afán de liberarlo, lo deja sólo frente a un estado mucho más fuerte que él. El socialismo y comunismo, a través de su idea fundamental de "desalienación" del hombre, persiguen los mismos resultados. La teoría liberal, aquí como siempre, lleva directamente a la socialista. El liberalismo al dejar al hombre solo, aislado, favorece la aparición de una clase, el proletariado, sin la cual el socialismo no sería posible. El proletariado es una clase que se caracteriza fundamentalmente por su falta de raíces, en absoluto por su pobreza. Juan Vallet, citando a un autor francés, hace notar en "Algo Sobre temas de Hoy" que "el obrero de las antiguas corporaciones, ha podido en ciertas épocas ser muy pobre, pero tenía en su corporación un estado de vida reconocido, estaba por ello arraigado en el orden social... No era un proletario". Por eso precisamente, el proletariado fue la clase revolucionaria por excelencia y la Revolución,



Fundación Speiro

que encontró grandes dificultades para triunfar en el campo, donde el campesino estaba identificado con su medio, triunfó rápidamente en las ciudades.

El marxismo va, por lo tanto, para conseguir sus fines, contra todo aquéllo que proporciona estabilidad, porque en un mundo al que el hombre estuviera profundamente vinculado, nunca sería posible el ideal socialista. En frase de Simone Weil, "el desarraigo es, con mucho, la enfermedad más maligna de las sociedades humanas". Y, podríamos añadir, es la enfermedad característica de la sociedad contemporánea y la fuente de todos sus males.

Dentro de la estructura social, hay dos instituciones fundamentales que favorecen y estimulan el arraigo personal. Una es la familia, la otra, la propiedad. La familia introduce al hombre en la vida social, le acostumbra a las cosas y le enseña su sentido. Su función fundamental es trasladar ese bagaje cultural, esas raíces de una generación a otra, de tal forma que siempre se esté perfeccionando la sociedad, porque "no embelleceré el templo si lo recomienzo a cada instante".

La propiedad, sin embargo, es un medio de que se vale el hombre para identificarse con las cosas, para intercambiarse con ellas. "La naturaleza del hombre le lleva a establecer nexos más directos con algunas cosas y relaciones más próximas con algunas personas. Ser propietario, tener familia, son cosas que le dan una justa sensación de plenitud, de personalidad. Vivir como átomo aislado, sin familia ni bienes entre una multitud de personas extrañas, le da una sensación de vacío, de anonimato y de aislamiento, que es para él profundamente antinatural."

Hay, además, una relación íntima entre estas dos instituciones de arraigo, la propiedad y la familia. La familia tiene que tener independencia para cumplir sus fines. La propiedad familiar garantiza, en cierto modo, esta independencia. El patrimonio familiar representa mucho más que un trozo de tierra o unos cuantos enseres. Representa el espíritu de varias generaciones que han ido esforzándose por adquirirlo y conservarlo, y que han dedicado su vida a ello. En el cuidado de este patrimonio, se venera al padre y al abuelo, al continuar su obra. Esto ocurre solamente si tenemos algo que consi-



Fundación Speiro

deramos enteramente como nuestro, no sujeto a las decisiones, mas o menos arbitrarias, que pueda tomar el Estado. Es un hecho muy sencillo de comprobar en la vida normal. ¿Quién no siente un cariño especial por su casa, donde ha pasado sus primeros años? Aun después de abandonarla, para formar una familia, se sigue sintiendo como propia, y, cada vez que se vuelve a ella, se siente una sensación especial de amor. Porque esa casa significa una parte muy importante de nuestras raíces, nos sentimos arraigados en ella. Puede decirse que forma parte de nuestra pequeña historia personal, como si fuera algo vivo. Y ¡qué sentimiento de tristeza se experimenta, si por cualquier motivo esa casa debe pasar a otras manos y perderse para siempre! ¡Cómo se lucha para salvarla hasta el final! Quizá haya ciertas personas, y sobre todo actualmente, para quienes esto no significa nada. Ni sienten amor por su casa y lo mismo les da estar en un sitio que en otro. Esto no es sino una prueba más del dearraigo que produce la vida actual, sobre todo en las grandes ciudades.

La vida en ellas es absolutamente uniforme. Las casas son iguales, con muebles iguales; las personas tienen un trabajo que se caracteriza por la falta de creatividad y de aportación personal: son un eslabón más en grandes empresas. Se limitan a obedecer órdenes. Resulta dificilísimo encontrar algún rasgo que evidencie que una casa es de una familia y no de otra. Estas cosas que no parecen importantes, lo son, sin embargo, y mucho. La vida en las grandes ciudades favorece el desarraigo de una manera monstruosa. Hace hombres iguales, en casas iguales, y creándoles problemas casi iguales. Pensemos que las aspiraciones de una gran parte de los ciudadanos se limitan a comprar el televisor en color, el chalet en la sierra... que tan insistentemente les ofrece la propaganda. Realmente es difícil resistirse a esa ofensiva y de hecho hay muy pocos que logran vencerla. El resultado son hombres masa, átomos solitarios que se guían por instintos e impulsos y que por lo tanto son manejados por quien mejor sepa atraer estos instintos e impulsos. La vida de la mayoría de los habitantes de las grandes ciudades tiene muy poco de humana, y los hombres cada vez son menos hombres porque cada vez hacen menos uso de su inteligencia y de su libertad. Y



Fundación Speiro

esto tiene una explicación muy sencilla. Son seres completamente desarraigados y, por lo tanto, no tienen personalidad.

Si observamos lo que es la vida en el campo, o en ciudades que no alcanzado las dimensiones monstruos por las cuales nadie conoce a nadie, vemos un panorama completamente distinto. No se trata tampoco de poner el campo como la perfección donde está todo lo bueno y en las ciudades la perversión total. En una concepción ideal de la sociedad, donde las ciudades cumplieran su función de centro cultural, económico y social organizado, se haría realidad la descripción de Spengler, "lo que para el labriego significa su casa, eso mismo significa la ciudad para el hombre culto. Lo que para la casa son los espíritus buenos, eso mismo es para toda la ciudad el dios protector o el santo patrón. También la ciudad es un vegetal. Los elementos nómadas, los elementos macrocósmicos, le son tan ajenos como a la clase labradora". Sin embargo, en una transmutación de valores, la ciudad se ha convertido en aglutinante de todos los "nómadas intelectuales". Por ello, es mucho más fácil que se desenvuelva plenamente el hombre en un medio rural que en el urbano. En el campo, por lo general, toda familia tiene una tierra en que trabaja. Esta tierra puede ser suya en propiedad privada, en muchos casos, y, en otros, aunque no lo es, por el hecho de que ha sido trabajada y poseída por generaciones, el sentimiento hacia ella es el mismo. Existe, pues, la tierra familiar. Existe la casa, que no es una casa en serie sino adecuada a las necesidades de cada uno. El campesino se siente vinculado espiritualmente a una casa y a una tierra y no tiene el espíritu nómada de quien no tiene raíces en ninguna parte. Como observaba Helion de Beaulieu, "la unión y la continuidad de la familia campesina no está ligada solamente a la transmisión del patrimonio material constituido por la tierra y la casa, sino también al patrimonio moral que constituye la experiecia adquirida por su cesión de generaciones". Y comprueba el mismo autor que hay casi una imposibilidad de que pueda llegara ser campesino quien no lo es, porque existe un lazo orgánico entre el campesino y la tierra.

La propiedad, pues, es un medio de arraigo importantísimo. Esto explica las constantes luchas que contra la propiedad se sos-



Fundación Speiro

tienen y que el socialismo se base fundamentalmente en la abolición de la propiedad privada y en la lucha de clases. Además, si se entiende la propiedad de esta manera, como arraigo, como intercambio con las cosas y como trabajo de varias generaciones no se puede caer nunca en la tan criticada propiedad absoluta del capitalismo. Porque para el liberalismo, la propiedad es un derecho sin ningún límite; el propietario en lo suyo puede hacer, deshacer, incluso destruirlo, sin que nadie pueda exigirle ninguna responsabilidad. Los abusos ocasionados por estas concepciones han llevado a muchos a decir que es preferible que no exista el derecho de propiedad y a defender las teorías socialistas. Sin embargo, si atendemos al sentido real de la propiedad, vemos que esto no es más que una degeneración de lo que en realidad debiera de ser. Porque el entender la propiedad como un trabajo materializado, que viene de nuestros antepasados y luego va a aprovechar a nuestros hijos, hace que, por eso mismo, no sea un derecho absoluto. El depositario de este bien tiene una responsabilidad especial. Esto lo expresa Spengler diciendo que "la noción de propiedad se ennoblece... Se transforma como un depósito. El titular no se considera con todos los derechos sobre esta tierra, sobre esta casa. Un contrato tácito le vincula a sus predecesores y a sus sucesores". Por eso mismo, en el propio desarrollo del hombre contribuye la propiedad fomentando su responsabilidad. Haciéndole responsable del depósito que le ha sido confiado y que tiene la obligación moral de transmitir. Y, al mismo tiempo, le impulsa a entregarse a las cosas, transformarse en ellas, dejando una parte de su vida, de sus sueños en cada nueva obra que sabe que luego disfrutarán sus hijos. Hay un ligamen especial entre el propietario y su propiedad, porque "lo que importa es que uno transforma tales cosas en un mundo personal, que las penetra con su personalidad. La propiedad auténtica es alma, y, sólo en cuanto que tal, cultura auténtica. Estimarla por su valor en dinero es un error, o una profanación. Dividirla a la muerte de su propietario es una especie de asesinato". Y añadía Vallet: "hay que conservarla como algo propio de su familia, a través de la sucesión de generaciones".

Hemos de concluir diciendo que este sentido de la propiedad



Fundación Speiro

se va perdiendo. Existen personas para quienes significa una sola inversión de dinero, por lo cual le han quitado todo su valor y su sentido. Pero, tomando la propiedad en su sentido estricto, es evidente que el saldo es más positivo que negativo. Pues, frente a los abusos de las personas que lo usan solo como un medio de lucro, está el amor y el trabajo que la gran mayoría pone en ella. Está la estabilidad y el arraigo personal y familiar que proporciona y el significado que tiene para los propietarios. Además, a través de amor a la propiedad se llega también al amor a la Patria, porque éste no es una cosa abstracta que surge de la nada, sino que se alimenta de cosas concretas. El amor a la propia familia, a la tierra donde nacimos, a la casa donde vivimos... fomentan un amor más elevado, como es el amor a la Patria. Y este arraigo a una tierra, a unas cosas concretas que proporciona la propiedad, es la base del arraigo mucho mayor que existe en la propia Patria y nos hace defenderla como lo más importante, después de Dios.

Hace ya algunos años, un famoso poeta contemporáneo describió la sociedad actual con la siguiente frase: "Un mundo como un árbol desgajado, una generación desarraigada, unos hombres sin más destino que apuntalar ruinas...". A nosotros corresponde luchar para que, con la ayuda de Dios, se convierta en el ideal que describe Saint-Exupéry en su *Ciudadela*: "Comunidad de lazos, de recuerdos, de esperanzas, donde cada paso y cada tiempo tiene su sentido".



Fundación Speiro